

# EL ULTI MO



# RO MAN TICO

Muchas veces contemplé a Rentería agitada en festejos populares.

La contemplé cuando el primer tranvía eléctrico entró triunfal en sus calles y cuando, ya de noche, subía cual gusano de luz la cuesta de Capuchinos; cuando en la jubilosa fiesta de la Magdalena asistíamos en el templo Parroquial a la Misa Mayor y el Orfeón, Ignacio Tabuyo y el Órgano daban especial esplendor artístico al culto solemne, y a la ceremonia religiosa seguía en la Alameda el Concierto de la Banda, y al Concierto el desconcierto de la comilona que hasta al ilustre tragaldabas e insigne músico, maestro Gorriti, parecía excesiva; y a la sobremesa se ligaba la comparecencia en el frontón para ver jugar a pelotaris renterianos de la alcurnia de los EliceGUI y Samperio con un Gamborena, todavía rapaz bajo la tutela del *famosho* y bilenguófilo *Shoshua* y más tarde soberano de canchas, por depositario en una cesta manual de las pelotas de Modesto Sainz, de Pamplona.

La contemplé en los días de su vida habitual, trabajando al aire libre sus alpargateros, rechinando las articulaciones férricas de la maquinaria en sus fábricas de lencería respirando un ambiente aromado de vainilla por los hornos al tostar exquisitas galletas...

Pero en el rebullir de sus fiestas extraordinarias y en la calma de su ordinario trabajar, contemplaba yo con cariño rayano en fervor la simpática figura del último romántico.

Llevaba su ancianidad con la gallardía que llevara en sus mocedades el fusil de voluntario y la guitarra de trovador, sin perjuicio de tomar la pala, el guante o la cesta para mostrarse en Guipúzcoa y Navarra el más garrido y audaz jugador de pelota que vieron las generaciones.

Cubría la nieve de su cabeza la boina castiza, prenda venerada e inseparable de quien, si perdía la serenidad y daba rienda suelta a la indignación era cuando veía a la juventud dorada y esclava de la moda frívola cubriéndose con boina que desfiguraba y profanaba haciéndola perder su airosa y natural redondez para formar bertiente en un procaz piso sobre la frente...

Solitario casi siempre, parecía sentado en

un banco de piedra una esfinge humana que sin embargo hablaba mucho con los ojos pequeños y vivarachos. Era evocación de una época de tormentas sentimentales y apasionadas contiendas que hicieron verter

sangre y desmoronarse ilusiones.

Pero conversar con él equivalía a la magia de hacer surgir un niño de entre las ruinas humanas de un cuerpo vacilante por efecto del vendabal de los años: era hacer brotar agua transparente de las rugosidades de la montaña; era, en fin, la viviente demostración de que a veces bajo el hielo de una altita cabe el cráter de un volcán...

¡Santa memoria la de Urtchale, el viejecito de alma moza, el de amenas charlas que un privilegiado memorión ilustraba y el fuego de inextinguibles entusiasmos por un ideal coloreaba!

El que un día cantara amores con tiernos zortzicos acompañados por el tañido de la guitarra al pié de ventanales, adecuado marco de gentiles doncellas sólo besadas por el relente de la luna sólo acariciadas por la brisa filtrada por los manzanos y maizales en el misterioso nocturno!

Pasaron los años. El Rentería de Urtchale achacoso de cuerpo y saludable de espíritu, aquel Rentería trabajador, admirable y admirado en iniciativas industriales se engrandeció moral y materialmente a fuerza de dedicar con el ejemplo y al grito de *jaurrera!* el amor al progreso que enaltece a su raza...

Veo sin ver porqué plugo a Dios que me quedase ciego, pero la imaginación reproduce en mis muertas pupilas la perspectiva de la simpática villa entregada a populares júbilos para festejar el acontecimiento de una gran mejora local y me la figuro constituida con sus fábricas y talleres, sus vetustos edificios y alrededores virgilianos, en suntuoso monumento coronado por la alegoría de la honrada laboriosidad y con base de bajos relieves, uno de ellos consagrado a reproducir la figura del adorable ancianito sentado en un banco de piedra, último trovador de su época, postrer romántico de un siglo que engendró el positivismo de la edad presente.

ANGEL MARIA CASTELL